

Por una postura ética ante las elecciones

E.
MIRET
MAGDA
LENA

NUESTRA Iglesia interesa poco. Cada vez menos. Pero de modo creciente hemos de interesarnos, en cambio, por la sustitución consciente de su papel ético, ya trasnochado en gran parte no sólo por sus modos, sino por su contenido, cambiándolo por una conciencia clara de los valores humanos básicos que deben servir para desarrollar individual y socialmente a los ciudadanos españoles.

La palabra "ética" tiene poco ambiente hoy. Con razón perdió su fuerte resonancia humana por las muchas hipocresías, inoperancias y presiones alienadoras que ejerció sobre los habitantes de nuestras tierras. Sin embargo, el hombre tiene que sentar sus pies sobre unos sólidos peldaños para poder subir. No sobre arena movediza, sino sobre roca. Y esta roca ha de ser el conocimiento científico del ser humano, para conocer aquello que lo desarrolla y aquello que lo frena. Hay que "encontrar lo humanizante y desechar lo deshumanizante", como pedía el neuro-psicólogo católico profesor Paul Chauchard. Y lo hemos de hacer incluso a través de la neuro-fisiología: "Se puede partir del cerebro para encontrar las reglas morales humanas", siempre que hayamos adquirido a través de la ciencia misma "la concepción biológica del hombre como dinamismo perpetuo". El afán de dinero, la sed de poder y la obsesión de poseer egoístamente han arrastrado a los hombres a la condición de cosas; han creado un mundo cosificado e inhumano. Y precisamente la concepción científica del hombre como dinámica positiva es la que ha de hacer saltar las bases teóricas de este mundo occidental, que requiere para su superación simultáneamente de la revolución cultural y de la revolución social, sin caer nunca en ingenuidades violentas ni verbalismos infantiles que siempre benefician indirectamente a los dictadores. Necesitamos, si queremos cambiar al hombre y la sociedad, "ser radicales", o sea, intentar "coger las cosas por su raíz", como pedía Karl Marx. Y sabiendo algo muy importante: que "para el hombre su raíz es el hombre mismo" (K. Marx, *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*). En el hombre está todo, y también su capacidad de salvación individual y social.

De este modo, la filosofía —y en particular la ética— será "el inventario prospectivo de los resultados (positivos) más generales del desarrollo humano", como reconocía H. Lefebvre, y no un acervo de principios abstractos y silogismos sin vida.

A la luz de tales reflexiones debíamos analizar la postura que todo hombre de

nuestro entorno social debía adoptar ante las elecciones que se nos vienen encima. Pero de esto se habla muy poco, y tal silencio es de graves consecuencias para el futuro, lo mismo si se trata del papel de la Iglesia en esta encrucijada que de la función de la sociedad laica que está emergiendo en nuestro país y tiene que configurarse bajo un modelo muy distinto del usado por el franquismo, que es el único que perdura en el fondo escondido bajo palabras democráticas.

La Iglesia tendría que estimular dentro de ella misma una "comunidad fraterna" de fieles con "distintas ideologías políticas". Y ayudarles a "sostenerse en el compromiso temporal", en la decisión política escogida libérrimamente por ellos sin paternalismo alguno eclesiástico. Tienen los fieles que seguir su razón, no el dictado político directo o indirecto de sus jerarcas eclesiásticos.

Esta decisión de razón, escogida con perspectiva y análisis personal de las consecuencias sociales que entraña, es la regla que hoy debe adoptar el ciudadano, sea simple votante o candidato o gobernante.

Y a la hora de esta decisión personal no nos olvidemos de aquellas tremendas diatribas de los profetas de Israel contra los líderes políticos y religiosos, que hoy deben estar de total actualidad para no caer en papanatismo alguno. Fomentemos, en cambio, en medio de la desorientación, inconsciencia y superficialidad que actualmente reinan como producto de la etapa silenciosa y falsamente educadora del franquismo, unas actitudes nuevas dignas, racionalmente conscientes en lo político: eso será lo ético.

Sin embargo, tenemos, en este momento crucial, poco sentido crítico. No en relación con la dictadura franquista, respecto a la cual, salvo unos pocos, el resto se manifiesta con poco pudor, como si hubieran sido siempre enemigos de ella. Pero priva entre nosotros un vacilante optimismo respecto al inmediato futuro —al de las elecciones— que no se corresponde con la realidad objetivamente analizada. Es tanto el deseo que se tiene de salir de lo anterior, que muchos olvidan las dificultades que se han de presentar y el esfuerzo que todavía tenemos que hacer para saltar de ese engañoso callejón sin salida en el que estábamos metidos.

El optimismo acrítico es el más grave error que puede padecer el ser humano, y nosotros lo estamos padeciendo en el terreno político, porque no nos atrevemos a decir la amarga verdad a los electores. Esta-

mos demasiado obsesionados por salir diputados, senadores o líderes políticos y no queremos confesar nada que pueda perjudicar este afán personal, pasando sobre la realidad como si pisáramos sobre huevos y no estropear así la bella imagen forjada por la fantasía de unas atractivas palabras sin base.

El oportunismo está a la orden del día y con él no se consigue salir de la lucha entre pequeños criterios y personalismos estrechos, a la hora de preparar unas elecciones que deben ser decisivas para salir de aquello que no queremos continuar por más tiempo. El período de los cuarenta años de dictadura nacional-católica ha desvinculado nuestra psicología y nuestros hábitos sociales y políticos, disgregándonos mental y socialmente y haciéndonos públicamente inoperantes.

Y esto es preciso reconocerlo. No es de ningún modo conveniente la ocultación que fomentamos, escondiéndola tras verbalismos constantes y reuniones y entrevistas sin descanso.

El filósofo de la ciencia Avenarius, en el siglo pasado escribió una acertada obra sobre el pensar como el procedimiento de ser más eficaces en la acción. Y esto lo olvidamos frecuentemente. Se le suele llamar activo al activista; al hereje de la acción, a aquel que se mueve sin sentido, que sólo actúa por el costoso y obtuso camino que utilizan los animales en el aprendizaje, y que la psicología denomina de la "prueba y error". Es tomar la equivocada vía de ir dando cabezazos por la vida intentando acertar con el agujero, para meter, después de innumerables probatinas, la cabeza por él.

No. Nosotros debemos pensar más objetivamente y no ilusionarnos falsamente con creer que porque nos dejan hablar de ello ya está resuelto el problema político.

Todo optimismo superficial es cobardía. "Son sólo los torpes y los necios los que emprenden alegremente todas las cosas, y poseen un optimismo ciego", observaba el pensador cristiano Tomás de Aquino ya en el siglo XIII.

Miremos por eso con profundidad a la situación actual, y no queramos ocultarnos la dificultad del momento. Un cierto pesimismo sereno y lúcido será más rentable a los españoles para hacer la serena transformación radical que el país necesita, que los triunfalismos ingenuos que nos envuelven demasiadas veces desde la derecha a la izquierda, pasando por el híbrido centro.